

LA BICICLETA

Desde los primeros pasos que en los albores de su existencia da el ferrocarril por el mundo, véñse los principales y antiguos caminos desiertos y solitarios, huérfanos de la alegre algazara de los cascabeles y de las interjecciones vigorosas de los mayores. Nadie se acerca a los paradores y mesones donde en tiempos anteriores se comía y bebía despacio, mientras los mozos cambiaban los tiros; ya no se agitan las crines de los arrogantes caballos cuyo galope arrancó chispas del suelo pedregoso. La locomotora ha mejorado asombrosamente los medios de transporte, y los que fueron principales caminos véñse tristes y abismados en el silencio. Solo de vez en cuando aparece el pesado carro arrastrado por una hilera de escuálidos mulos que, entre duerme y vela, conduce tal vez algún descendiente de los famosos cocheros.

Sin embargo, mientras fuma y presume el primogénito de la velocidad bruñiendo con parpadeo animoso miles de kilómetros de vía férrea, otro vástago de aquella viene luego a librar a los viejos caminos del letargo que padecen, presagiando el porvenir de la carretera que más tarde ha de convertirse en pista, permitiendo al hombre parar donde quiera, acelerar o moderar la marcha, según los atractivos del lugar o del panorama en que fije la vista. Es la bicicleta, cuya empuñadura abarcan con verdadero deleite las manos del apuesto caballero y de la linda dama, primeros devotos del turismo y que sobre la sencilla y maravillosa máquina cruzan los caminos como héroes fabulosos en todas direcciones.

Prodíganse los mapas y las descripciones para el viajero que no quiere someterse a las obligaciones del tren y los vetustos paradores vuelven a remozar sus fachadas....

Curiosa resulta la historia del velocípedo, insigne profeta del turismo grande. Según ella, lo hallamos al parecer en ciertos geroglíficos egipcios. Pero refiérense sus dilatadas crónicas al año 1790 en que apareció el «celerífero», si bien aún en aquella época la propulsión se realizaba por el primitivo método de apretar los pies contra el suelo, lo cual nos indica que el velocipedismo de aquel entonces no tenía grandes alicientes para el deporte y estaba muy lejos de ser un medio práctico para hacer viaje.

Mucho más tarde se introducen los pedales, aunque en 1866, después de reiterados experimentos, tenía la bicicleta una rueda grande y la otra pequeña.

Diversas son las evoluciones del velocípedo después de haber eliminado en su construcción las piezas de madera, mas el punto álgido de su gloria nos lo ofrece el año 1880 presentándonos los primeros tipos de la bicicleta moderna, con ambas ruedas de igual tamaño, y muy ligera, gracias a la invención del neumático y del piñón libre, entre otras. Como ésta serían aproximadamente las que, siendo niño, el que está escribe vió llegar a su pueblo, en tiempos en que el ciclismo estaba de moda y cuando el ritmo de la vida lanzaba a los de su edad por los senderos del mundo, frente al raudal de luces de una evolución lenta y sosegada que armonizaba con los vales de Straus.

Los fulgores del níquel de los manillares, de las llantas y de las enormes linternas atraían y cautivaban a la chiquillería. Enjoyadas aquellas máquinas muchas veces con variados accesorios, fueron el asombro de las gentes de aquellos tiempos. Los velófobos recalcitantes, que no eran pocos, maldecían su bocina que los tenía en constante alerta, por más que fuese exiguo el número de las que circulaban por nuestras calles y paseos. Pasmárianse ahora del hormiguero de motores que las transformaron en motocicletas cuyas explosiones se explayan en caminos y veredas.

Pronto no habrá lugareño que no posea su Vespa o un mecanismo parecido, y la bicicleta, que al llegar con sus ruedas acolchadas de aire causó la admiración de nuestros abuelos, servirá únicamente de medio de diversión para los chiquillos, o como simple instrumento de gimnasia, porque su velocidad no puede ofrecer ciertas emociones que exigen el frenesí y la marcha vertiginosa del progreso.

Esas inquietudes de antaño van pareciendo lánguidas, achacosas, soñolientas; son semejantes a los primeros crepúsculos de la aurora que nos dejan en duda de si ya es de día o sea todavía de noche. Los perros que ladrando perseguían tenazmente la bicicleta, mordiendo a veces las pantorrillas de su jinete, déjanla pasar indiferentes y se alejan moviendo el rabo con ironía.

Mas, aquella velocidad sosegada que sin pasar de unos quince kilómetros por hora iba en busca del riente poblado, de las venerables piedras de una iglesia, o del fausto de ignotos paisajes, arrebatando al follaje sus fugaces sonoridades, formó sin duda al perfecto turista.